



E L D U E N D E V E R D E

LA VERDADERA HISTORIA DE LA MOSCA DE LA TELE

María Solar

Ilustración: Fran Collado



ANAYA

Para la explotación en el aula de este libro, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en nuestra web.

Título original: *A verdadeira historia da mosca da tele*

© Del texto: María Solar, 2012, 2015

© Editorial Galaxia, S.A., 2012

© De las ilustraciones: Fran Collado, 2015

© De la traducción: Mercedes Pacheco Vázquez, 2015

© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2015

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantiljuvenil.com

e-mail: anayainfantiljuvenil@anaya.es

1.^a edición, marzo 2015

Diseño: Taller Universo

ISBN: 978-84-678-7113-5

Depósito legal: M-725-2015

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



EL DUENDE VERDE

María Solar

**LA VERDADERA
HISTORIA DE
LA MOSCA
DE LA TELE**

Ilustración: Fran Collado

Traducción de Mercedes Pacheco Vázquez

Q U E R I D O L E C T O R

Los escritores somos gente muy peligrosa. Cualquiera cosa que nos dicen, vemos o nos pasa, puede terminar formando parte de nuestros libros. Un día escuché a mi abuela decir un viejo refrán «Hay nubes de lana, si no llueve hoy, llueve mañana» y escribí un libro sobre nubes. En otro momento, mi hija mayor llenó la casa de carteles dándole la bienvenida a su nuevo hermanito, e hice un libro sobre el nacimiento de un bebé. Y en una ocasión me hablaron de brujas y conté su historia en tiempos de la poderosa reina Lupa.

A la mosca la conocí en un avión durante un viaje a Cuba. Era muy pesada, todo el rato molestando. Cuando aterrizamos, la vi salir al exterior como un

rayo y me pregunté si sabría que se había subido en España y bajado en Cuba. No volví a saber de ella, pero un día, presentando el programa de televisión en el que trabajo, otra de su especie también se empeñó en molestarme, era tan pesada como la del avión.

Así fue como se me ocurrió esta divertida historia, donde, además, vais a conocer a muchos otros insectos a los que no les prestamos atención pero viven en todas las casas. ¡En la tuya también!

A stylized, handwritten signature in black ink, consisting of several overlapping loops and a long, sweeping underline.

1

YO era una mosca de la tele. Me gustaba volar por los pasillos, chupar las salsas de cualquier comida o los restos de alguna bebida olvidada en un rincón, revolver en la basura de la cafetería y lamer los fluidos que rezuman de las cosas podridas. A todas las moscas nos gustan las porquerías. Las hay de muchos tipos: excrementos de animales, residuos de los humanos, comidas podridas... Da igual, todas sueltan un aroma que nos atrae sin que lo podamos evitar.

Allí, en la tele, había muchas más moscas, pero ninguna como yo. Las había que vivían en el restaurante-autoservicio —yo también comía allí—, las había en los jardines, en la fruta, en los árboles, en los pasillos, en los despachos, en los camerinos, en la redacción..., pero yo era única: mi trabajo consistía en fas-

tidiar e incordiar a los presentadores hasta ser la única protagonista. Y por eso era famosa.

Un día encontré la entrada a la zona de grabaciones y directos, aprendí a meterme allí, hacía mis actuaciones y salía. Este trabajo tiene su encanto, aunque hay que saber, como en todo. Si te quedas siempre en el estudio, los presentadores se quejan y Maruchi, la de la limpieza, fumiga. Es mejor entrar y salir continuamente.

En los informativos, los locutores están atentos a lo que hay que decir en una pantalla que tienen delante y que hace que parezca que lo saben todo de memoria, pero, en realidad, están leyendo. Tienen que estar muy pendientes de las letras que van saliendo para no perder palabras, y casi no se pueden mover. A mí me gusta entrar justo en los directos y hacer varios pases de vuelo bajo por delante de ellos, alternando la cara y la cabeza. Los vuelvo locos pensando dónde voy a aterrizar. Y... ¡ZISCA! Me poso en una ceja o en la parte más alta del labio superior, lo que molesta mucho. Se despistan y las letras se les escapan de la vista, se pierden seguro



y yo triunfo, convirtiéndome en la protagonista.

Cuando son programas de entretenimiento es diferente; los presentadores tienen más libertad de movimiento y si se cansan te pueden dar una bofetada y estamparte contra el decorado. Hay que tener cuidado. En ese caso lo mejor es sobrevolar al invitado y al presentador, alternativamente, haciendo pequeñas y molestas paradas en cada uno de ellos. Y venga para uno..., y venga para el otro... Al final terminan más pendientes de lo que hago yo que de la entrevista, y si todo sale bien, es habitual que hablen de mí.

—Vaya, hoy parece que tenemos una mosca con nosotros.

Dice el presentador sonriendo entre dientes e intentando no perder los nervios.

—A ver..., por favor..., si alguien del equipo puede llevársela.

En mi familia estaban orgullosos de mí, las moscas me reconocían por donde volaba y todos envidiaban y admiraban mi trabajo. Los volvía locos. La verdad es que soy una mosca bien «guapo». Quiero decir, una mosca macho;

se diría «mosco» de existir el nombre, pero como no existe, soy una mosca «guapo».

Mi fama, poco a poco, había ido llegando lejos; la vida me sonreía, la suerte también... Pero quién me iba a decir a mí que aquel paraíso en el que vivía iba a cambiar en un instante.

El día en el que todo comenzó estaba feliz, trabajando en un programa musical, que también tiene su técnica. Mi forma de trabajar es distinta según haya *ballet* o no; cuando solo hay músicos acostumbro a ir a por el guitarrista o, en algunos casos, a por el batería. Al tener las manos ocupadas con la guitarra o con las baquetas empiezan defendiéndose con soplidos y rebufos para intentar espantarme, pero como yo vuelvo y vuelvo, y me poso aquí y me poso allí, se ponen a hacer extraños gestos con la cabeza, con los hombros, con los codos, hasta que explotan y quieren darme con la guitarra, o con las baquetas, y entonces consigo el éxito total de mi actuación.

Aquel día del que hablo había bailarines, así que fui directamente a por uno de ellos para

meterme en uno de sus ojos. ¡BUF! Eso no tiene remedio, triunfas fijo. El bailarín para, pierde el ritmo, se frota el ojo, da manotazos en el aire... Y todo, todo el mundo, acaba mirándome. Soy la protagonista. Un trabajo bien hecho. Era un bailarín de flamenco que taconeaba y bailaba con muchas ganas y sentimiento hasta que me puse a fastidiarlo. Lo hice como mejor sé, y fue un éxito apoteósico. Aquel humano era un gran artista, y con las mismas ganas y sentimiento se aplicó en intentar espantarme. Quedó bárbaro.

Al acabar, el resto de la colonia de moscas del edificio me aplaudió por los pasillos, me sentía como una estrella. Era una estrella.

Decidí ir a la sala de espera de los invitados y, al entrar por el pequeño agujero que hay en el techo, vi desde arriba una imagen arrebatadora. Una tremenda y maravillosa calva sudorosa. Una calva enorme, brillante, rezumando sudor a espuertas. Y tuve que hacer un vuelo en picado para lamer aquella superficie con tan buen aspecto. Ya iba preparando la trompa de mi boca por el aire. Mientras bajaba vi que el humano hacía un gesto, pero no me di



cuenta de lo que era hasta que me posé en aquella extraordinaria calva. Ya no me dio tiempo ni a darle un lametón. Nada más aterrizar, un sombrero de paja cayó sobre mí encerrándome.

—¿Qué es esto? ¡¡¡Oiga!!! ¡¡¡Quiero salir!!! ¡Déjeme salir! ¡Quítese el sombrero!

El tipo se levantó y yo caí con el movimiento. Se despidió de una de las azafatas que acompañaba a los invitados y se dirigió él solo al pasillo principal. Yo miraba pasmada por entre el trenzado de paja. Caminaba decidido y con cierta prisa, después dobló una esquina y de frente apareció la puerta de salida.

—¡¡¡Oiga!!! ¿¿¿Adónde me lleva??? ¡No irá a salir del edificio! ¡Yo soy una mosca de la tele! ¡¡¡Déjeme salir, por favor!!! ¡Esto es un secuestro, soy una estrella!

El tipo no parecía oírme. Siguió caminando, se acercó a la barrera de los guardias, a los tornos de la entrada, a la puerta... Allá íbamos los dos.

Salió de la tele, fuera le esperaba un taxi y subió a él sin quitarse el sombrero que me encarcelaba.

—Al aeropuerto, por favor —dijo el calvo al taxista.

—¿Al aeropuerto? ¿A qué? ¿Vas a esperar a alguien o vas a coger tú un avión? —pregunté desesperada—. ¿Vas a esperar a alguien, verdad? ¡No se te ocurrirá coger un avión sin quitarte este maldito sombrero!

Primero entró en el aeropuerto, después se puso en una cola, y en otra cola, y en otra más. Esperó y esperó, sin quitarse el sombrero y sin escuchar mis gritos, que acabaron por ser lloros. No tenía ni idea de adónde me llevaba. Y cogió el avión. Y no se sacó el sombrero. Y allá fui yo con él.





EL DUENDE VERDE

La mosca de la tele,
la auténtica e inimitable,
esa que se dedica
a molestar a los
presentadores en medio
de los directos, queda
atrapada entre la calva y
el sombrero de uno de los
invitados a un programa
y termina en un avión
rumbo a Cuba. Pronto
sabrás que no es el único
insecto en una situación
parecida. Lejos de
resignarse, no dudará en
hacer todo lo posible por
volver a su hogar.

Edad recomendada
para este libro:

A partir de 8 años

ISBN 978-84-678-7113-5



9 788467 871135

www.anayainfantiljuvenil.com

1571201

ANAYA